

lón de la harina y sirve para regular desde allí el grosor de la molienda.

Las piedras van cubiertas en todo su contorno con dos grandes cajones llamados guardapolvos, para que toda la harina vaya al canalón o cajón cerrado que llega hasta los costales colocados en el piso bajo. Sobre la misma bancada de las piedras van los banquillos, que es un bastidor de cuatro patas que soporta la tolva, debajo de la cual está la canaleja y sobre ésta la guitarra, formando un artificio tan simple como útil para regular la caída de los granos que se han de moler. En realidad es como el astil de una guitarra con los trastes desiguales. En este caso los trastes son escotaduras que baten sobre el barrón de la linterna, que no es cilíndrico y siguen el ritmo de éste. La punta del astil de la guitarra golpea más o menos en la canaleta de la tolva y por el otro extremo lleva una cuerda que pasa por un listón atravesado horizontalmente, con ranuras en toda su longitud para colocar la cuerda en una u otra inclinación y que la guitarra dé más o menos en el barrón. La cuerda se lía en un husillo vertical, como un caliche fijo más allá del listón y que lleva un clavo gordo, de los de enmaderar, para manejarlo y liar la cuerda como se hace en las trócolas. El tableteo de la guitarra sobre el barrón de la linterna, según disponga los mandos el molinero, hace que caiga más o menos grano de la tolva y la guitarra puede tocar o no tocar según quiera el guitarrista.

Las piedras de moler son de pedernal y constan de tres o cuatro pedazos que se unen con unas abrazaderas de hierro o aros llamados cellos. Miden metro y medio de diámetro por 0,24 de grueso. La rodadera lleva en su lomo una mangueta pequeña, pero como la de los cu-

bos de los carros, llamada abujo, que sirve para moverla al soltar el alivio mediante una pequeña palanca de hierro.

El diámetro interior del molino, tanto en la primera como en la segunda planta, es de 3,75 metros. La tercera planta o moledero mide cinco metros.

Mencionada la obra del molino y las piezas de su artefacto, falta, como en la Creación misma, el soplo divino que lo ponga en movimiento. Y el tendido de las teleras que recojan el viento que ha de mover el pesado armazón.

Nadie que no haya estado en lo alto de un molino puede creer la cantidad de aire que hace a su alrededor y que, bien orientado, rara vez deja de ser suficiente para una buena molienda, siendo, por lo común sobrado la mayoría de las veces y estruendoso su crugiente empuje y veloz rodar, cien veces más que el de la carreta de bueyes por empinada cuesta arrastrando una montaña de carrasqueño ramaje.

No fue nada raro que cuando la ventura puso a Don Quijote orilla del molino y se decidió a acometerle con furia, «un poco de viento» moviera las aspas e hiciera la lanza pedazos llevándose tras sí al caballero y la cabalgadura echándolos a rodar maltrechos por el campo. Le sobra mucha fuerza al molino, como al tren en marcha, para quitarse de en medio cualquier estorbo y todavía es mucho más espantoso, mucho más crugiente y espantable su accionar, moviendo más brazos que el gigante Briareo. Y basta enganchar el borriquillo al timón y accionar la palanca para rotar sin esfuerzo el pesadísimo telar y poner las aspas a favor del aire para que el molino empiece a voltear con estrepitoso crugir del maderamen reseco y chirriar de